

PRIMERA PARTE

Recortes ocultos

-No cambio su presencia por ninguna otra- le dijo nuevamente Silvia, esta vez sí, con palabras, dejándose de insinuaciones.

Amaya, no llegaba a entenderla -¿pero de quién me hablas?, no tenemos tiempo de estar con acertijos- se expresó incómoda.

La otra, furtiva, continuaba en ese pensamiento simbólico, amén de su belleza gélida, letal, serena, reviviendo los mimos de ese turbador retrato al que la misma se aferraba una y otra vez, entre la legitimidad de estar embriagada y enferma y la utilidad de tener que financiarse. -Cierro filas en torno a esa vida prestada. Me sirve para no atarme un cabo al cuello y arrojarme por la ventana, muertecita de miedo. Su semblanza me la he llevado a casa, y la he ubicado junto a ese armazón de teclas que adquirí, una Hispano Olivetti. Tenerlo ahí me hace sentirlo cerca, es como si hubiera agrandado el carro de la máquina de escribir, alargándolo, pausándome el mal trago... Ufff. Hice bien al pensar que siempre estaríamos juntos, lo visualicé tal y como me dijiste- le indicó a su psicóloga.

Trenzadas las pesquisas, la profesional quiso atajar esa melancolía, no se podía quedar indiferente mientras la muchachita se consumía internamente, creyendo que tenía mucho que ver con ese hombre que la embelesó. -No te engañes, no seas testaruda. Presiento problemas si perseveras por ahí. Sé coherente, sería un lío muy embarazoso. Bastante te estás enmarañando como para focalizar algo que sólo tú ves. No seas inmadura- le advirtió.

Pero antes de que siguiera profundizando, la andaluza ya andaba a vueltas con su emboscada. -No es un divertimento ni un experimento, es real, lo siento. Cuando empecé a tocarle con mis yemas, sentí que mis dedos se

unían a su cuerpo. Eran momentos únicos. Él ocupó su lugar, y entendió perfectamente ese panorama. Se quedó a mi lado, sin tocarme, sin besarme, mirándome tal y como yo lo hacía consigo, tras de sí. Parecíamos dos imanes desafiando a la razón, quietos en una cadena perpetua de amagos... Ese baile de emociones jamás lo había sentido.

-Lógico, al igual que tampoco has sentido cómo nada una sirena, porque no lo eres. Hiciste lo que hiciste- le interrumpió la doctora.

-Sé que lo dice porque no ha pasado por ello, si le hubiera sucedido lo entendería- se mostró segura e inflexible la gaditana.

El colofón vino cuando la especialista calificó tal artimaña de amistad mortal, y la chiquilla se revolvió, sensata pero ida. – ¡No puedo detener lo que no ha empezado! Su omnipresencia para mí es un oasis, y ello me permite hacer lo que hago.

Ante ese planteamiento, lejos de ocultar lo que su memoria le decía, Amaya, curtida en hostilidades varias con sus pacientes, introdujo un nuevo componente a esa y las siguientes sesiones. –A partir de ahora, vamos a poner en práctica la regla de la doble autorización. Tú sigues decidiendo fuera de la consulta, pero aquí dentro mandamos las dos. No permitiré que te masacres dándote a algo que no tienes. Esta primera vez la has resuelto bien, pero si continúas prostituyéndote, puedes acabar muy mal, y lo sabes.

-Pensar en él me permite no verme como esa mujer que está destrozando matrimonios, haciendo de esposa y amante ajena. O la intrépida cautiva que se va de ligue en busca de alguien que la mantenga de por vida. Creí tocarlo, tenerlo entre mis manos, abrazarlo...

-Nadie te va a reorganizar la vida. Hay murallas y espacios infranqueables, simplemente te indico que aquí tienes que ser tú, no esa elucubración que tú te creas cuando estás de servicio, en quien pienses cuando trabajas es cosa tuya, aquí no- incidió Amaya en llevar las riendas de la terapia a su modo.

-¿Y qué daño me puede hacer doctora?- preguntó sin arrogancia la paciente. Añadiendo -Él se quedará a mi lado siempre que trabaje, hasta que podamos unirnos del todo.

Para entonces comenzó a escucharse un ruido que provenía del exterior. Ninguna caía en lo que era, hasta que curiosas se levantaron y miraron tras el estor. Repentinamente se invitó a la tardecita un chaparrón que las oscureció un poco más, si cace, acompañándose de tormenta eléctrica. Esos primeros días de agosto estaban siendo de los más calurosos del año con diferencia, si bien, esa tarde se llevaba las de ganar. Entraban ardores por entre las rendijas de la ventilación. Los aparatos de aire acondicionado no estaban expectantes, rabiaban. La consulta se había convertido en un patio de recreo de depredadores, todos sus clientes parecían otros, estaban endemoniados o devorados por sí mismos. El calor los descomponía, influía en su estabilidad. La confesora lo usó a su conveniencia, era el momento justo, la llevó al fin de ese viaje dotándola de realidad:

-Te comportas como un soldado fiero que no ve más allá de la muerte de su amigo. Ves la ira, la venganza, el odio. No disfrutas, no vives, actúas. Te crees víctima y verdugo. Por eso te veo ciega, sorda y muda. Una cosa es luchar y otra perecer. Fuera de tu trabajo no te ningunees. Esa persona no te

pertenece, tan sólo fueron unos instantes, sólo coincidisteis durante un escueto paseo, no más.

Ahora, la que le interrumpió fue su pupila, volviendo a su primer envite con la prostitución, no con su sueño. –Pero me has dicho que tuve habilidad, carácter y ritmo. ¡Que no estuve mal!- dejó caer Silvia como si nada.

-Cierto. Tal y como me has contado, en tu primera vez estuviste decente, contigo y con el cliente, pero no te dejes perder. Hazte a la idea de que te puedes malacostumbrar a ser la mujer de otro hombre. Por más que paguen, no todos serán hospitalarios y encantadores. ¿Cómo piensas controlar lo de no besarlos, de verdad crees que te lo permitirán?, ¿y si se enteran que estás pensando en otro?... Olvídalo.

Pensativa, le respondió comedidamente. –Tenerle como esperanza evitará que sucumba en este negocio, no quiero ser catastrofista, pero tenía muchísimo miedo. Y verle, me permitió renacer.

El silencio invitó a reflexionar a ambas, no a darse a mayores escalas. Las posturas estaban claras, Silvia no se bajaba del burro y la médico tampoco cedía. No terminaba de verla junto a ese foráneo con el que coincidió esporádicamente en su ajetreada visita a una de las zonas más hermosas de Madrid.

-¿Lo del antifaz cuándo se te ocurrió, improvisaste?- le cambió por completo de tema la doctora, no sintiéndose a gusto.

Y ellas se dieron a otras dispersiones, librándola de esa condición de señorita bobalicona. -Como el labio no me permitía darle esa parte de mí, le quise sorprender. Me gané su confianza con la voz, tal y como me dijiste. Le hablaba muy bajito, y sobre todo le escuchaba. Me resultaba más fácil tocarle

yo a él que él a mí, por eso le tumbé boca abajo y le hice olvidarse del reloj y de ese compromiso que había adquirido. Completamente lo fui desnudando de arriba abajo. Y el colofón fue ponerle ese pañuelo a modo de venda en sus ojos. Aproveché esa coyuntura para seleccionar mejor las palabras y ocultarme con las sábanas. Ni yo me veía ni él a mí, sólo le acariciaba dulcemente. Hice que tuviera espasmos, que fuera yo quien le abrazase, dejándole sin salida, yéndome fuera de lo convencional. Era un animalito arriostado ante mí, inocente, como si se hubiera caído y tuviera destrozado el espinazo. Se dejaba hacer, no por indolente sino por impedido. Cuando desahogó con rabia, mis manos siguieron durmiéndolo. Y para no despertarle, me quedé a su lado, en silencio.

La sexóloga opinó acerca de esa sobredosis de realismo. -Jugaste bien tus cartas. No obstante, los buenos no siempre compiten bien, pero casi siempre ganan, porque saben retirarse. Son dos caras de la misma moneda. Esa vez te quedaste, pero te podías haber ido, ya habías cumplido- le indicó su jefa, regañándola.

-Al margen de todo, yo estaba con él- insistió Silvia en su afán de darle protagonismo al otro hombre, embobada.

Sobre ello no hizo mayores indagaciones Amaya. Sin embargo, aprovechó para adentrarse en otro asunto. -No quiero ser grosera, pero no creo que haya muchas prostitutas vírgenes, tal y como tú te consideras.

-¿Qué me quieres decir?- se le enfrentó la clienta.

-No creo que todos se comporten como el del domingo. La mayoría, por no decir todos, querrán penetrarte y tocarte desenfrenadamente- se lo aclaró.

-Comprendo. Por eso estoy aquí- dijo. -Mañana tengo otra cita, y mi idea es pararle los pies- se siguió sincerando con su médico.

La psicóloga se lo dijo muy clarito. -Créeme, es una idea genial, pero muy difícil de llevar a cabo. Te contratan, o te vendes, como tú lo quieras ver; y no cesaran de su intento. Tu actitud es complicada cuando te dedicas a ese negocio. Ya no es cuestión de ser guapa o fea, agradable o antipática, es que pagan por acostarse contigo, ¿no?

Contestó muy rápido, tras ser expedientada. -Sí, sí, llevas razón. Pero no quiero converger más allá del dinero, mientras pueda mantenerlos a raya mejor. ¿Cómo les manipulo?- se quiso ayudar de la especialista.

No tan cauta, sí sorprendida, la médico no pudo contenerse. -¡Parece mentira!- exclamó la sexóloga. -Creí haber oído o leído casi de todo en este sector, pero lo de prostituirse sin terminar de abrirse de piernas, es lo más... Y perdona por el lenguaje Silvia, pero es que me pides cada cosa- dijo un tanto asquerosa.

Descubriéndose, la clienta aportó algo más. -Quiero que eso sea un castillo inexpugnable. Y poder mantenerlos a raya, de momento prefiero ser un árbol solitario. ¿Es posible?- le pidió la niña, mirándose más abajo del ombligo.

-¿Eres consciente de lo que me pides?, no existen los cinturones de castidad- le siguió el planteamiento la sanitaria, reclamándole cabeza.

-Sí, salvo para mi hombre, para cuando podamos tenernos el uno al otro- subrayó la sureña.

No sabía dónde meterse la mujer mayor. Se rascó la pierna una y otra vez, hasta que consiguió hilar algo. -Pues no lo veas como el epicentro del encuentro. Tú sólo tienes que estar, y perseverar en entretenerlos. Fisgonea en

su interior. Hiciste bien con lo del beso, porque es un proceso de selección en sí mismo. Y tú podrías ser la primera en caer. Somos nosotras quienes lo usamos biológicamente para distinguir entre ellos a la hora de aceptarlos o no. Hay estudios que indican que tiene tanta significancia como el coito, desde el punto de vista de la satisfacción, sobre todo cuando se busca una relación estable. No deja de ser una respuesta química. Por ello, si diseccionamos todo lo que les estás privando, le estás quitando el componente fundamental al encuentro, es decir, lo que hace que funcione como una droga. Tienes que hacerte de un placebo.

-He pensado en hacerles cosquillas- se incorporó a la reflexión la chica.

La atención no cayó en saco roto, pero casi. -¡Puffff! No te confundas Silvia. Es más, no a todos les hacen gracia, mucho menos en esos menesteres. ¿Y hasta qué punto pagarías por dejarte hacer cosquillas? ¿Y por cuánto tiempo?... Es complicadísimo lo que planteas. Fíjate, que incluso en una relación de las que se podrían catalogar como convencionales, en sus inicios, con o sin amor pasional, sustentarla sin besarse y sin coito sería una proeza. Hablo de relacionarse de verdad, interaccionar, no de estar como dos tontos, ya sea por conformismo, economía u otras cosas. Bien distinto es cuando se lleva un tiempo conviviendo, que no es lo tuyo.

-¿Pero mis padres no se acuestan?- sacó a colación la andaluza.

-Bueno, eso estaría por ver- dijo Amaya. -Quizás te llevarías sorpresas- apostilló. Y prosiguió. -No obstante, ellos ya han pasado por esa etapa de fogosidad, y la de sostenimiento más tardía. Pero alguien que te contrata por compañía, bajo ese contexto, no creo que acceda a no hacerlo. Sería de tontos. Yo no pago por irme de cena, además por adelantado; y encima, acudo

al restaurante, veo el menú, pido y me marcho sin probar bocado. ¿Tú lo harías?- buscó su entendimiento.

-¡Ya!, compadecerse es de inútiles- se lo dio la cría, bajando su tono.

La otra se le acercó. -Vete haciendo a la idea de que no hay clemencia en lo que tú haces. Y si ese encuentro sucede, habrás de hacer como que no ha existido. Entonces, es cuando sí veo bien que pienses en ese hombre que tanto te atrae, imagina que has estado con él y no con otro cualquiera.

-¿Como una cuenta de depósito?- se pronunció Silvia como una economista.

-No te entiendo, explícamelo- le pidió la doctora, fuera de contexto.

-Sí, yo aparto un dinero que ahora me vendría bien pero que no lo disfruto, pensando en un futuro mejor. Una protección- dijo muy suya la otra.

-Así es, ésa es la actitud. Una vez hecho el ingreso, no se piensa más en el mismo. Además, tú no tienes extractos- la contentó su médico, aceptando la curiosa similitud. -¿Por qué no guardas nada, verdad?- añadió indagando.

-En absoluto. Nada más terminar cogí el taxi y me fui al apartamento a ducharme a conciencia- respondió Silvia.

-¿Y luego qué hiciste?- indagó aún más la profesional.

-Tuve dos opciones, quedarme encerrada o salir. Las primeras cuarenta y ocho horas me costaba reaccionar. Ni dormía, ni tenía apetito, ni apenas me podía mover. Pero fue esa maquinita la que me permitió reaccionar. Lo empecé a ver junto a ella, escribiéndome. Y quise documentarme sobre la procedencia de la misma. La adquirí días atrás en una tienda de antigüedades, y aproveché Internet para curiosear un poco. Me gustaría seguirle el rastro. Entre tanto, pasada la noche llamé a mi madre, por ver cómo estaba. Luego cambié la cita

con la peluquera, la pospuse. Y me fui a ver a una mi amiga Carmina a un pueblo de salamanca, me escapé un par de días, estuvo bien. Al llegar, me encontré mejor, tenía más ordenada mi cabeza. Quedé con mi socio y añadí un par de normas. Luego ya empecé a darle normalidad a los días: gimnasio, estudios, compra. Y anoche recibí el mensaje de los próximos clientes: mañana y pasado.

-Con tu socio, ¿qué hiciste exactamente?, ¿tuviste que ir a la estación?- quiso interesarse por esa parte de su trabajo.

-Sí, ése nuestro lugar de encuentro. Cobré, y al salir le planteé que no quiero repetir con ningún cliente, y que prefiero dejarme un día libre, para prepararme y desconectar- la dejó perpleja, por su naturalidad al expresarse.

-¿Pero no tienes miedo de ver a ese hombre?, al que te consigue los clientes- adujo Amaya.

-Sí y no. En realidad no nos tratamos, simplemente nos cruzamos la información y el dinero en las taquillas de la estación. El Mariscal y yo acordamos hacerlo así, sin más trato- la informó de su proceder, con normalidad.

Pero inconformista, siguió incitándola a explicar todo. -¿Y qué esperas de él?, ¿qué te dijo al verte con la cara trastocada?

A su insistencia, fue directa. -Sólo espero mi dinero, y que me diga cuánto tiempo habré de estar con el cliente. Y por supuesto dónde es el encuentro. Y que respete, siempre que podamos, lo de librar los lunes- no temió en explicarse.

-¿Y si te reprocha algo?- la incomodó.

Silvia se mostró firme. -No lo hará, tengo cierta autonomía.

-¿Cómo lo sabes, si acabas de empezar a ejercer?- la intentó poner nerviosa.

-El cliente se fue satisfecho- sostuvo la que se prostituyó a su manera. – Y por lo del golpetazo de la cara, ni se enteró, iba disfrazada. El Mariscal no pudo verla.

-Pero ese primer cliente, el tal Benigno. Pudo haber fingido, y ser todo una trampa urdida por parte de ese proxeneta. A lo mejor ahora es cuando te la juega- argumentó la psicóloga.

La joven la paró en seco. -¿No sé qué pretendes Amaya?

De inmediato se lo aclaró. -Que te des cuenta del mundo en el que te estás metiendo. Es peligroso- la puso en tela de juicio.

-Por poco más de tres horas gané tres mil euros. De momento me compensa. No tengo otra cosa- se justificó la niña.

-¿Pero la buscas?- preguntó reprendiéndola su médico.

La señorita le indicó sus últimos movimientos al respecto. -Sí. Estoy terminando el curso que inicié. Un buen rato antes de irme a la peluquería, a mi repaso semanal, he avanzado algunos temas. Y me estoy pensando matricularme en algún máster, aunque ya veré cómo me voy defendiendo con la empresa. Para ello, también compré libros sobre arte y protocolo, que ahora es lo que me puede hacer ganarme el pan.

-¿Y la poesía?- la abordó tocándole algo muy suyo.

Sin inmutarse, la hija del panadero contestó. -Eso siempre. No la dejo.

-¿Por qué?- no llegó a entender del todo esa necesidad la psicóloga, a tenor de lo vivido en la sesión anterior, la de las dichas curas. -¿Y otro tipo de pasatiempo?- le planteó la duda.

Sin ofuscarse, le dio toda la importancia que el asunto requería. -Ahora más que nunca la necesito. Es muy triste que los únicos buenos días o buenas tardes provengan del panel informativo de la barrera de acceso al gimnasio. Y lo peor es que hasta me parecen sinceros.

A su reflexión, y dado que el tiempo se les echaba encima, la doctora acogió tal necesidad como algo admisible. -Bueno. En parte es lógico, tienes que hacerte a la ciudad, a las gentes. Pero ya te dije que me variases la temática, eres joven; no quiero que te hagas líos... Te explico. En principio lo de la doble autorización nos va servir de mucho, dentro y fuera, es lo mismo que lo que te dije con lo de Silvia y Davinia, adoptas ese sobrenombre aquí para no bloquearte. Pues bien, prueba a ser la otra cuando estés con los clientes, y reserva a Silvia para cuando encuentres a tu pareja. No tienes que hacérselo saber a nadie, esto es cosa nuestra. Es decir, al salir a ejercer te dejas a Silvia en casa, si quieres la aparcas junto a la máquina de escribir. Veamos cómo lo llevas el próximo lunes, ¿conforme?- cerró de ese modo dos frentes, su nueva cita, y la defunción de Silvia como mujer fácil.

Sin sobresaltos ni mordazas, volvió a expresarse la gaditana. -Me parece bien. Lo que no entiendo es por qué la calificas de doble autorización.

Su profesora en esas lides, se lo aclaró, no sin asaltarle ciertas dudas al escucharse. -Muy sencillo. El día que quieras entregarte a alguien de verdad, tendrás que tener la conformidad de Silvia y de Davinia. Habrás de aceptarte sin excepciones.

-¿No pareces muy conforme?- se percató Silvia, heredando esas dudas.

-Es que me preocupas. No quiero dividirte, sino hacerte más fuerte y capaz. Y no siempre resulta. Tú misma te has buscado a una sombra a la que aferrarte, y esto no ha hecho más que empezar.

-Pues a mí lo que me preocupa ahora es lo de mantenerme impoluta. ¿Me entiendes no?- dijo la florecilla, recatada.

-Perfectamente- le contestó la doctora. Ilustrándola para que no se dejase llevar. –Lo primero es que no quiero que vuelvas a pasear sola por el Jardín Botánico. Déjalo durante un tiempo, no te hagas daño. Sé que te gusta, pero te procura mucha nostalgia, y quiero evitar esa añoranza. Y en cuanto a lo de mantenerlo alejado de tu sexo, nunca seas borde. No tiene ningún sentido que vendas algo que no vas a dar, así que sé clara desde el principio, haz que se olvide de intimar de ese modo, sé tú quien lo desfogues, renunciando a que te toque. Juega a anularlo haciéndole tú todo. Indícaselo, y no le des opción a que intervenga. Dale mucha continuidad a la acción. Ponte ligera de ropa pero mantente tapada, insinúa, no enseñes. Una bata de seda tipo oriental te podría valer. Sí ves descalza, eso le hará pensar que estáis cómodos. Recuerda que son como los gatos, busca la fricción de tu pelo con su piel, y evita tocarle directamente las zonas erógenas. Atenúa la luz todo lo que puedas, y procura que sus brazos estén lo más lejos de ti, por eso es mejor que le pongas boca abajo y seas tú quien lo recorras. Cuando esté muy excitado, dale su tiempo, móntate encima de él, sobre su dorso, y te estiras por completo, abarcándolo por completo sin miedo. E inicia el movimiento como si fuera él quien estuviera encima, hasta que sienta algo. Deberían ser espasmos, piensa que estás en la orilla del mar y las olas baten la arena en tandas, variándolas. Primeramente oteas el horizonte, tres despacio y una más rápida, luego las inviertes. Y les

das más holgura, hasta intensificarlas, con cadencias. A todo esto, si le percibes poco dispuesto, se lo vas relatando al oído, soplándole, introduciéndole los sonidos con sensualidad. Regístrale cada movimiento con tu voz, embáucalo con frescura, llévalo tú. Y no uses medias, deja hacer a tu piel.

-¿No sé si podré hacerlo?- se reivindicó la niña.

-Al menos inténtalo. Piensa que estás leyendo, díselo con versos, haz que se imagine con Davinia en una playa paradisíaca. Durante ese espacio de tiempo no introduces nada más que una leve sonrisa, cógele tú la mano y mécete en él.

-¿Y el resto del tiempo?- se preguntó la cría.

-No sé, cenaréis o iréis a pasear, supongo- se deshizo de la cuestión la psicóloga como mejor pudo, pero comentándolo con armonía.

Sin sentir ni hallar ningún resplandor, la joven fue haciéndose a la idea de que la sobremesa llegaba a su fin. La anterior vez, en su aciaga complejidad, repelió el mejor consejo (no ejercer), y entre desolada y aguerrida se dio a esas falsas piruletas que la desvelaban de más. Y en ésta ocasión se iba mejor, sin un final tan desastroso. La pintoresca y cariacontecida visualizaba a ese hombre, en esa penumbra de la que no terminaba de despegarse, el cual ya no formaba parte del repertorio de esa parte de la terapia para no incomodar a Amaya. Era un nuevo inicio, de esos días en los que llevaba las uñas bien esculpidas, la melena muy dispuesta y la piel sin impurezas. Su rostro ya se había restablecido casi por completo de aquel resbalón, no tenía marcas, sí el resto de la tarde libre, ya sabía todo lo que precisaba para ser dulce y contentar, el Mariscal sí cobraba por adelantado

pero ella no. Silvia se impacientaba por salir, pero la doctora no terminaba de despacharla; guardaba algo en la recámara:

-¿De qué hablaste con tu amiga Carmina?- Tiró de notas la psicóloga.

De forma inmediata, rememoró esas buenas horas. -Pues de todo un poco. Tienen unos días complicados, están de líos con la empresa. Me enseñó el pueblo, Ciudad Rodrigo, que no lo conocía. Y estuvimos mucho en su patio, con su fuentecilla. Es de esas personas que da la impresión que entiende de todo y no molestan.

-¿Sabe a lo que te dedicas?- la abordó procurando no borrarle la sonrisa.

-No exactamente, pero algo sospecha. De todos modos es prudente-contestó.

-¿Y tú, eres prudente?- le preguntó más como madre que como su terapeuta.

-Lo intento- dijo Silvia, acompañándose de la cabeza.

-Pues Davinia, nos vemos dentro de una semana, ¿no?- aceptó su dinámica.

-Sí. Procuraré no ahogarme- bromeó la más interesada, mientras se levantaba dirigiéndose hacia ella para despedirse.

Con agrado, la acogió, comentándole. -¡Estás hecha toda una rebelde!, señorita; mientras unos se preguntan cómo envejecer dignamente, tú quieres dejar atrás una gran decepción dirimiéndote entre romanticismos, escándalos y esos indicios de delito; no dejes que la melancolía borre tu huella.

Los ojillos frívolos de la alumna se mimetizaban con esa interioridades que sabía e implacablemente le acababa de mostrar la guardiana de su mente.

Formando parte de ese entorno, sin pantomimas, Amaya le intercambió algo más que un beso, a modo de favor. -¿Por qué no te vas a ver una buena película de cine clásico?, allí se muestran otras improntas. Te lo aconsejo, y va mucha gente sola, que no te dé corte. Una clienta que tuve era asidua- le hizo saber.

-Gracias, lo tendré en cuenta. Pero no sé si es lo más adecuado- respondió frunciendo el gesto.

-¿Por qué no?, ¿qué tiene de malo?- escarbó nuevamente la terapeuta, poniéndole su voz al camino de ida.

Sin buscar hostilidad, Silvia se dejó de sutilezas y se refirió duramente sobre la otra paciente. -¿Qué garantías puedes darme de que no estuviera loca?

La verdad y otras mentiras se le venían a la cabeza a la doctora, ante sí no tenía a una cualquiera. Esperó lo suyo antes de responderla... -Así empieza lo malo. Si nos ponemos así ni tú ni yo saldríamos de casa- evitó ser manipulada la doctora, para zanjar el asunto poniéndole música a ese silencio, aprovechando la inercia. -La memoria no se puede ocultar, marca el umbral entre la eternidad y la ignorancia. Si no desconectas puede que hayas iniciado la carrera de la muerte- le advirtió dejándola ir.

Ella y su soledad mejorada andaban paseando por barrios llenos de colores, tras salir de ese examen tan selectivo con la sanitaria y sí misma. Librada del mal y con los sentimientos más contenidos, se hermanó con lo que le quedaba de tarde integrándose en la ciudad, esperando superar esa distancia hasta llegar a la custodia. No iba disfrazada por fuera, bastante se

confundía ya por dentro cuando le tocaba intercambiarse el ticket de las taquillas de la estación con el dueño de sus rituales de apareamiento. Silvia andaba perdida, como si prepararse una fuga que no llegaba, entre tanto, encumbraba aquella mirada a la que no debía volver a ubicar, próxima al Parque del Retiro, por consejo de su médico de pago. Ese juego de lejanía no le era arbitrario. Le apetecía pisar nuevamente esas baldosas y tomarlas en dirección sur, camino de los ensanches ferroviarios. No obstante, el miedo le pesaba más que la fascinación, e hizo caso a su psicóloga. Evitó que ello le confundiera más, y lo que venía siendo una caminata singular derivó en un sacrificio, ya que orientó sus pasos hacia el apartamento; y nada más entrar lo sintió inhóspito. Afuera quedaban las últimas luces de la ciudad y todos esos sonidos ilimitados. Fue tras ellos, analfabeta en su primera tarde noche de asueto, como si acudiese a una cena de corresponsales en un país extranjero, sin serlo. Y la inconmensurable agonía de la gente por la vuelta a la rutina le hizo ver esa salida como algo baldío. No tenía a quién preparar para la vuelta al colegio, ni a quién culpar de su existencia. Las personas deambulaban, mayoritariamente de dos en dos, contándose las cosas como era debido, de la mano, inclusive cometiendo errores al cruzar por donde no se permitía. Nadie se quedaba a su lado, a todos los veía pasar. Se sentía torpe, maldita; pero al poco la pueblerina empezó a disfrutar de la búsqueda de esa humanidad. Hizo lo mismito que cuando se desvistió con su primer y único cliente, hasta ese momento. Se dijo: no tengo que entender nada, sólo hacerlo. Y comenzó a sentirse indestructible. Afortunadamente no tenía que hacer gozar a nadie, únicamente andar... Explorando por esa gran avenida, no pudo reprimirse de lo que dos hombres se iban diciendo:

-¿Qué le dices a una chica a la que le has roto la vida?- le preguntaba uno al otro, con muestras de preocupación, como si sus vidas estuvieran encadenadas.

Su colega no fue muy buen docente. –Lo menos malo- y se quedó tan a gusto.

-¿Temo el compromiso?- compartió esa otra pregunta con el acompañante.

A todo esto, la gaditana les pisaba los talones, completamente sumida en ese dilema. No le suponía un esfuerzo.

-¿Y si la vuelves a llamar princesa?, ya no puedes perderla más- le respondió el que se parecía a un soldadito de plomo.

Ante ese estímulo, le surgieron más preguntas. -¿Y si se lo cree?- planteó.

-No seré testigo de tu derrota- le contestó manteniendo la velocidad de crucero.

Si bien, a la andaluza le dio reparo seguir espiándolos, por lo que viró dejándolos con sus filosofías, adoptando ella la de no complicarse. Sin embargo, alejándose le seguía dando vueltas a esos dos hombres y su destino. Su vida era una inquietud. Los tres formaban un trío de románticos forajidos, como en la película. En sus anarquías huían de la más poderosa ley. Por más que ella intentaba eclipsarlos, olvidándolos con los escaparates u otras temáticas, no podía. Esos viandantes que la sobrepasaron le dieron algo factible en lo que pensar. Estaba encantada recreando la charlilla de ambos, de haber estado en su pueblo hubiera sabido cómo hacer para callejear y encontrárselos otra vez, pero esa gran urbe era mastodóntica, y estaba llena

de personajes. Rápidamente emergió con otros héroes crepusculares, parecían dos almas gemelas. La envolvían, la sacaban de la rutina, no era la única que se dejaba llevar por los sueños en un mundo de realidades; había más poetas vagando por ahí. Había sustituido su arte verde por una fotografía que interpretaban quienes podrían ser monstruos o actores de los mejores rodajes por antonomasia, ya fueran malhechores, galanes u hombres normales por doquier. Sin embargo, de soslayo miraba lejanamente, por si se tropezaba con su ayer. Era su otro ejercicio, su vicio, su sostén, su modo de perderse hasta que llegase la hora de volver a la morada...

Como si fuera una abogada ante su más importante comparecencia judicial, estaba en ascuas. A menos de un día de ese nuevo enlace, tenía que contener la angustia. No estaba para memorizar, y tenía muy bien depiladas las piernas y algo más, por lo que la madrugada se le presentaba ruinosa. Para no desvelarse más, una vez escogidas las prendas para su oficio, y con el bolso de la aventura más que preparado, se recostó entre dos libros, como si estuvieran firmados por ella. De uno buscaba alguna respuesta, del otro vivir en otro compás. Con uno le pesaba su ego, cerrándosele los ojos como si tuviera dos antiguos óbolos aplastándole sus cuencas; no concebía tanta desfachatez, ella asociaba el peor de los protocolos con los gestos desmedidos de abundancia, y no era de contonearse en esas diferencias, pero debía aprender. Respecto del otro, quería evitarlo pero no podía, lo usaba como burbuja. A ratitos miraba esa "Antología del amor", de Julia Prilutzky Farny. Sólo tenía que rozarlo y ya se recitaba el poema que su amiga Carmina le transcribió en los inicios, a modo de dedicatoria, la que quería un hombre para ella en todos los

instantes, enamorado de esos grises alegres. Y lo hizo, volvió a esa simbiosis para preguntarse: “*Cómo decir, amor, en qué momento...*”:

*Cómo decir, amor, en qué momento
te rompes dulcemente entre las manos,
sin quejas, sin recuerdos, sin arcanos
y tal vez sin temor ni sufrimiento.*

*Cómo volver a amar, qué sentimiento
de elementos divinos o profanos
puede reverdecer entre desganos,
en la etapa final del desaliento.*

*Pregunta al corazón por qué no cree,
pregúntale al mirar qué cosas lee,
pregunta al labio cruel por qué no besa,

y te dirán, sin duda, su fatiga
del amor fiel o la pasión mendiga,
su falta de esperanza o de sorpresa.*

No había otras flores en esa tarima flotante que la composición de loto que la misma dibujó. La cual, cansada y serenamente, representaba lo que era, una empresa en ciernes. Y la misma quería que esa preciosidad fuera elegante y discreta como la más bella flor, a la par que asemejarse a la hierba, para crecer desde la raíz, teniendo siempre un pedestal sobre el que brotar, en previsión a esos desfases a los que debía enfrentarse. Para no atascarse con

algo sobre lo que tenía más que claro, es decir, que la mejora de su economía no dependía de recortar más gastos sino de aumentar los ingresos, adoptó una óptica más promiscua, propia de un narcisista, y probó eso que le había aconsejado la sexóloga. Tomó la almohada pretenciosamente, no para sestar sino para amasarla y darse a esas fluctuaciones marinas... No terminaba de verse meciéndose en esa superficie, no se creía válida, su mar era invernal, y tenía que hacerlo cuando menos primaveral. Así, sí le salía besar, pero a quien no podía. Se dejaría naufragar junto a ese sol del que no sabía ni el nombre. Pensó que quizás debió de haber aceptado la ayuda de su amiga y retarse, por si era capaz de dar con él. Lo peor que podría pasar es que no supiera nada más, y con ese estrellato vivía. No obstante, se centró en aprender a ejercer. Viéndose como una mujercita de pelo negro, insinuando y transmitiendo, se ayudó de la esencia de vainilla que aromatizaba ese recinto que hacía de dormitorio, y del color del suelo en mitad de la noche. No tenía que ver ninguna cara, sólo presentar sus credenciales: su mejor tacto, así como proyectarle balanceos al otro exhalando sobre el mismo, haciéndole rotar sobre sí, cebándolo de regusto. La línea argumental la tenía clara, hacer del blanco y negro sus mejores acuarelas. Tan despierta tenía la mente que no era usuaria de su placebo... Sola se movía para él, dándole sus otros contenidos; poniéndole voz a ese exilio pecaminoso, repleto de esa obra inédita que protagonizaba. Ardientemente sudorosa se encrespaba erizándosele los cabellos, los cuales manejaba junto a ese dorso que se trabajaba, frunciéndoselos con esa piel sedosa, protegiéndose y empañándose por igual. En esos azotes no había aires de levante ni de poniente, todo formaba parte de una sucesión continuada de rompientes evocando la concepción de esa

impetuosa y repentina cresta que hiciera de llamarada... Fue tomando buena nota de los pasos, hasta que paulatinamente aminoró ese hacer, tenía que reservar fuerzas, en horas también se reincorporaría. Ahora bien, perduraron las sensuales idas y venidas de su boca. Abrazada a la almohada, quiso tenerle para sí, susurrándole sin decirle nada, simplemente compartiendo ese alentador desaliento de primitivas atenciones, en su océano de pasión mendiga.

Conforme amanecía ella se iba escondiendo de la luz como una ratita en celo, la misma entraba a su habitáculo tipo rosetón catedralicio, como un haz celestial formando un único ser horadando todos los rincones con medida y pleitesía. La que no quiso despistarse yendo a ver buen cine, entre otras cosas, porque le jorobaba aceptar que le dijeran lo que tenía que hacer, se había pasado buena parte de la nochecita delirando cándidamente, y muy osada, recibía ese acontecer ligerísima de ropa, pero decidida como una Hércules, al saber cómo manejarse en ese cajón desastre que era su sustento y una fábrica de gemidos trasfigurados. No se mostraba impaciente, tenía toda la mañana para desperezarse, no obstante quería tonificar un poco el cuerpecito, en otro sentido, y culturizarse, para que no todo fuera a ser un dispendio de facilidades y monedas de cambio. Sibilinamente iba naturalizando su obligada promiscuidad. Su mentor ya se lo había comunicado días antes:

-Esto irá a más, estamos en pretemporada, espabila- le indicó rápidamente, mientras ella se encaramaba a las escaleras mecánicas en ese intercambio de sube y baja, al darle la llavecita de la taquilla.

Fue una advertencia que luego se repitió, cuando fuera de las inmediaciones de los andenes anduvieron e intercambiaron esas reglas y, él le recordó la moratoria que le hizo al permitirle escaparse unos días a tierras salmantinas. Cada momento de intimidad en su apartamento sería único, por eso retozaba dulcemente, sin guardar más patrones de distribución que el del disfrute pasajero, no haciéndose mayores problemas. Y como buena estudiante, esa complacencia de su socio la interpretó como una clase magistral de buena gestión, porque como empresaria y trabajadora, le era absurdo oprimirse más de la cuenta para terminar peor, completamente damnificada y sin otra elección que tener que rebajarse, pero con los principios desoidos, inservibles y caducos. Fue un detalle para mejorar su competitividad, evitando caer en derrotismos sumiéndose en una mentalidad de pobrecita. Por más imposiciones no haría mejor su trabajo, había que dejarle un margen y dotarla de estabilidad y motivaciones. Esos días la sanearon y le sirvieron para imbuirse en otro sector de la población, muchos de los cuales no llegaban a fin de mes. Por entonces, su cara lavada imitando a la de una maltratada le aupó a ser presa de muchos comentarios, pero ella tejía otros en su interior, urgía ese análisis que nunca le faltaba a la de Cádiz, por más al norte de su Andalucía que estuviera. Dedujo algo que estudió años atrás, y que no llegó a entender por sí misma hasta entonces, por más que su padre se lo explicó con ejemplos una y otra vez, pero al no escucharle libremente, sino bajo la tutela de la consanguinidad, carecía de ese hallazgo. La mujer vio *in situ* cómo la economía sumergida se generaba mayoritariamente en los sectores más bajos de la población, cuando no tenían otra salida que malvivir recortando. En su demostración, los ricos tampoco se libraban, pero porcentualmente eran

muchos menos, pagar les evitaba quebraderos de cabeza. Esa generalización la trató mucho con quienes le abrieron las puertas de su casa castellana. Ellos no paraban de decir:

-Lo que hace falta es trabajo, y del bueno. Sin dinero no hay ejemplo que valga.

De ahí, que ya viese mejor esa protección que la señorita se había procurado, en lencería y sin tumultos, en esa algodónada mañanita. Y eso, que echando la vista más allá de su ser, contrastaban notablemente el bolso de viaje con el que trabajaría a la tarde, donde ya estaba perfumado el pañuelo, y la maquinita con la que curar su hiel, pensando en albergarlo junto a ella algún día, componiéndole algo más que unas rimas, para hacer de lo suyo una leyenda.

Así se fueron sucediendo las horas para la niña, con esa suavidad y deportividad que ella misma se había sabido crear, dejándose conquistar por quien formaba parte de ese entuerto. De hecho, se fue vistiendo para acudir a la cita en uno de los mejores hoteles capitalinos, y seguía creyéndose que lo tenía al lado. Nada pudorosa, de haber tenido que enjoyarse así como subirse la cremallera del vestido por su espalda, le hubiera pedido a esa presencia que se lo hiciera. Quedaban minutos para personarse a la altura del número cinco de la Plaza de la Lealtad, y ese espectro le contenía los nervios, iba bien preparada para defenderse en el juicio. Igualmente le hubiera instado a que le llamase el taxi, pero se lo perdonaba todo a su impedido amor. De buen grado Silvia lo hizo todo, hasta le dio un beso de despedida. Y se alzó en los tacones, suplantando a Davinia, no sin antes darle a él su pañuelo... En manos del

taxista, otra vez se contuvo la palabra para no infringir las normas; el conductor y ella apenas entablaron conversación. Hacia las seis y veintidós estaban a unas manzanas de llegar al destino, y ella sumamente segura, le solicitó dar un rodeo hasta no tener que bajarse mitad de la horilla...

-Hemos llegado señorita- le espetó el chófer parando el contador.

Preparada, ella accedió a pagarle redondeando por arriba, y esperó a que le abrieran la puerta.

En un santiamén, elegantísima y presta, estaba dentro de esa magnífica villa, preguntando en recepción por el señor Adalbert. Atentamente la condujeron hacia una de las estancias del bar, donde un caballero la estaba esperando, y les dejaron hacer. Tras las presentaciones, quien inicialmente tenía pinta de ser un gruñón, se mostró dispuesto a quedarse donde estaban charlando tranquilamente. Todo era afabilidad, ese hombre entrado en años, de acento extranjero no paraba de hablar y beber whisky. Bien vestido, afeitado y sin aparentar necesidad, le hablaba de su país con grandilocuencia. Al principio, ella pensó que necesitarían un intérprete, porque no le terminaba de coger el aire, pero una vez entrados en conversación se le entendía perfectamente. Se defendía bastante bien con el español. Todos esos años dedicados al negocio de la exportación, tal y como él le relataba, le permitieron aprender más de lo que jamás hubiera imaginado. El de de la región polaca de Cracovia era todo un experto en el negocio de la sal. La andaluza tenía mucha curiosidad por cómo un hombre nacido en los suburbios de Wieliczka, podía permitirse ese tipo de vida. Y tal y como él le vino diciendo, la cuestión versaba en ser insaciable. Parecía más una clase magistral de una tesis doctoral que un encuentro meramente de sexo y compañía. El reservorio de intimidades que él

le estaba soltando no hacía que los ojos de la niña se exaltasen. Prácticamente todo era a base de trabajo. Él lo sintetizaba en un círculo, que dibujaba en la mesa sirviéndose de la ayuda del vaso de licor.

-Los hay redondos y ovalados, si eres trabajador da igual cómo lo hagas, lo importante es cómo lo vendas- le comentaba quien prefería morir que fracasar.

Y no paraba de adularla, ella le gustaba. Esas varias decenas de años que se llevaban a ella no le incomodaban, ni tampoco su sobrepeso. Parecía limpio y de buenas costumbres, a priori no había por lo que temer. Y el lugar, estupendo, era todo refinamiento. Ni una voz más alta que otra. Lo más altisonante es que ella bebía té y él una alta graduación, pero básicamente lo que hacía era sostenerlo, apenas sorbía. Parecía parte de su indumentaria, como el maletín que había junto a él. Para no ser una pánfila, ella no sólo se limitaba a escuchar y sonreír ligeramente, también introducía temas nuevos de conversación. No tenía prisa por subir a la habitación, en ningún momento él había hecho referencia al tema. Quedaban horas por delante, y dada la avanzada edad, Silvia no creía que le daría mucho trabajo. Estaba de suerte.

-¿Y en qué invierte un hombre de su posición?, ¿en los mercados bursátiles?, ¿en lingotes de oro?, ¿en arte?- se atrevió a preguntarle la mujercita.

El caballero no se sintió interrogado, todo lo contrario, le gustaba hablar de sus logros. -En un poco de todo. El dinero tiene que moverse si quieres generar más ganancias. De cuadros sé poco, sí algo de esculturas.

-¿Y eso?- quería empatizar la clienta.

-Porque en mi pueblo, a base de excavar en la roca, hemos aprendido a compatibilizar el trabajo con todo lo demás. Hay grandes esculturas allí labradas, todo en su conjunto es un tesoro. Y lo mejor, es que es único, no se puede robar ni imitar. Si un día vas allí, podrás ver que las galerías, y descubrirás algo más que un lago subterráneo. Yo no he trabajado directamente en la mina, mis ancestros sí, pero siempre que paso por allí, no transcurre más de un mes sin que baje a orar a la capilla de Santa Kinga. Los hay que van en plan turista, sin duda las imágenes merecen la pena, pero yo rezo. Varios de los míos se quedaron allí en el siglo XIX, en pleno apogeo de las extracciones. A mí me encaminaron a ser comercial, y los años me han ido enseñando a comprar y sobre todo a vender.

-¿Qué se siente allí abajo?- le preguntó al sentirlo cómodo con el asunto de su localidad natal.

-La primera vez impresiona, casi todo es gris, es el color de la sal y el granito. Pero ya hay mucha decoración artificial. Yo me encuentro a gusto, fuera de allí sé que soy un miserable, un insaciable hombre de negocios, pero abajo soy como los demás. Adentro hay orden y contemplación, conforme se descenden los peldaños uno va atenuando sus ritmos, te impregnas de esa laboriosidad. Arriba, lo que ves es lo que hay: apariencia.

-No le preguntaré dónde se siente más cómodo- le indicó Silvia muy dócil, por ver dónde salía, ya que eso de la apariencia no le terminaba de encajar, le chirriaba que un hombre de su posición lo recalcase.

No obstante, él aceptó la treta. –Todavía eres muy joven para entenderlo. Como cristiano practicante, tengo unos sacramentos que cumplir.

Como intermediario, los límites no los pongo yo, me vienen impuestos. Y como padre de una hija y esposo, son ellas las que mandan.

La siguiente pregunta era obvia, la niña quería saber por qué se daba a esas contrataciones, pero se calló, no se tiró piedras a su tejado, la carrera no había terminado, aún restaban unas horas. Y la manera de predicar la economía de ese señor no le parecía en absoluto bohemia, por ello le encaminó a que le hablase sobre sus ocupaciones. Entre tanto, ella repasaba a quién podría corresponder en el santoral tal nombre. Se debatía entre varios orígenes, y finalmente creyó que se trataba de uno de origen germano, medio repudiado por los prusianos, que finalmente pereció decapitado y empalado. El gentil extranjero, muy versado en el comercio de las materias primas, hablaba y hablaba. Por sus insinuaciones, había tenido una mañana exitosa, fruto de unos duros días de negocios, y en poco volvería a embarcar en un vuelo, rumbo a Praga. En uno de esos cruces de piernas de la cría, él se atrevió a rozarle un poco con su mano, dejándola estar sobre su rodilla un momento. La reacción de la mujercita fue una mirada al tendido, y la de él, una corrección:

-Aquí, estoy aquí- le dijo mientras giraba la cara de ella ligeramente con uno de sus dedos, para tenerse mirando directamente.

Ese padre de familia la encogió por dentro, la pilló desprevenida. Tragó saliva, y asintió con la cabeza, esbozando una sonrisilla.

Como si no hubiera pasado nada, él continuó hablando... Sin embargo, ella se ponía más y más nerviosa, al no ver llegar el momento de hacer su labor. Así que, le interrumpió en una de esas pausas:

-¿Subimos?- dijo ella, pensando en que lo mejor era cansarlo y dormirlo.

-Perfecto, estaba esperando que me lo propusieras- le planteó galanteando.

Adalbert dejó de bailar la copa. Se levantó sin otros ademanes que abotonarse el traje, cogió el maletín, y con la otra mano le indicó a Silvia que avanzase primeramente. El negociante y la señorita iban camino de cumplir su trato. El trayecto hacia las estancias superiores fue todo un amasijo de cortesía por parte del señor. Ella se olvidó hasta de contonearse, lo tenía tan ganado que iba tan segura que parecía que surcase los pasillos de la trastienda de la panadería de sus padres. En la sexta planta, nada más abrirse la puerta de su habitación, a ella le esperaba un detalle floral, y a él un agradecimiento muy sincero por parte de ella. Le besó la mejilla, para pedirle que se pusiera cómodo. Ya se había ido el botones, dejando el bolso de la gaditana y el maletín del señor en el distribuidor. Estaban solos. Y ella se dispuso a atenuar la luminosidad, buscando la confidencialidad de una bellísima tulipa que accionó. Mientras, él, apercebido por su acción, la siguió bajando casi por completo las persianas. Estaban en sintonía, de ahí que ambos agradecieran el hilo musical. La mujer se acercó al mismo, y con determinación le deshizo el nudo de la corbata. Su obesidad no le impidió desabrocharle el primer botón de la camisa, él se dejaba. Y tanto, como que le puso una mano en su cintura, al tiempo, que ella pasó a quitarle la chaqueta. El otro quiso seguir tocándola, y la profesional lo detuvo:

-Déjame hacer a mí, ahora es mi turno. Quítate los zapatos mientras yo entro un momento al baño.

Él quiso besarla, pero ella reuló.

-No hay besos, pero habrá otras cosas- le mencionó edulcorándolo y yéndose a cambiarse sin que el otro la viera.

La niña ya había observado milimétricamente todas las posibilidades de esa habitación, y tenía muy controlado el tema horario. Le restaban tres horas para volver a ser libre, tiempo de sobra como para dejarlo roncando. No se escuchan ruidos en esa estancia, la insonorización estaba muy lograda, tanto o más que la decoración, que siendo bella, a ella le parecía poco modernista...

...Dos minutos más tarde, para darle continuidad a lo empezado, ella apareció nuevamente, enfundada en una bata de seda, con el pelo desmelenado a propósito cayéndole por delante y por detrás, dirigiéndose hacia él. Sobre la cama, tendido, y con los calzoncillos como única prenda, impaciente esperaba su llegada el polaco. De fondo tenían esa música ambiente que perfectamente había escogido el contratista, mientras ella se soltaba a sus espaldas. Todo iba según lo previsto.

-A partir de ahora, imagina que estás en ese remanso de paz que tanto te gusta, pero conmigo- le dijo Silvia llegando a su cita, para con sus manos empezar a acariciarlo e ir dándole la vuelta, ubicándolo boca abajo, pero con una cadencia muy singular, no dejando que ninguna de sus partes se enfriase.

Siempre en contacto, ella fue un paso más allá, abriéndose la bata, para tocarlo también con el resto de su cuerpo. A su reacción gustosa, aprovechó para desprenderlo de la única prenda que le quedaba. Cada vez que podía le recorría con su boca, insuflándole bocanadas de ella... Las manos de él no terminaban de estarse quietas del todo, a veces se superponían sobre parte de las nalgas de ella, y en otras sobre el colchón, los muslos de la oficiante, o la cabeza, enredándose con el pelo que le caía sobre la espalda del